

# Investigación doctoral en Educación: Propuestas, diálogos y difusión

Juan Carlos Echeverri-Álvarez  
Milton Daniel Castellanos Ascencio  
*Compiladores*



Universidad  
Pontificia  
Bolivariana

© Universidad San Buenaventura  
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

**Investigación doctoral en Educación: Propuestas, Diálogos y Difusión**

ISBN: 978-628-500-079-9

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-079-9>

Primera edición, 2022

Escuela de Educación y Pedagogía

**Gran Canciller UPB y Obispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Pbro. Magíster Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Coordinadora (e) Editorial:** Maricela Gómez Vargas

**Coordinación de Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** María Isabel Arango Franco

**Corrección de Estilo:** Mateo Muñetones Rico

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2022

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

**Radicado:** 2228-23-08-22

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

## 31. Los hiperbóreos de Nietzsche y el interno creador<sup>1</sup>

Geiber Olinse Agudelo Torres  
Universidad San Buenaventura  
geiber.agudelo@tau.usbmed.edu.co

Alexánder Hincapié García  
Universidad San Buenaventura  
alexander.hincapie@usbmed.edu.co

### Resumen

Este trabajo pone en relación la imagen de *los hiperbóreos* usada por Friedrich Nietzsche y la capacidad -y necesidad- creadora de los sujetos que habitan el encierro, a saber: adolescentes y jóvenes privados de la libertad quienes se construyen artísticamente a través de la escritura de sí. Se plantea que los hiperbóreos corresponde al lugar cuyos sujetos son la práctica y tránsito hacia el superhombre, lugar de los inmortales, donde fluye el dolor y se es asesino de sentimientos, despreciadores y rebaños. Entretanto, el interno creador pone de manifiesto en su escritura el sufrimiento, la lucha, la franqueza, incluso, la muerte de sí

---

<sup>1</sup> Derivado del proyecto de investigación "Escribir en el encierro como práctica de libertad y creación de sí".

mismo para zafarse de todo pudor, para corresponderse de manera auténtica e individual. Los hiperbóreos de Nietzsche y el interno creador, bien pudieran ser un mismo Dios cuyo máximo interés es la transvaloración y el superhombre mientras transitan los más pedregosos caminos. El enfoque metodológico para el desarrollo de este trabajo es la investigación basada en artes, amparado en las reflexiones de Rafael Hernández Hernández, enfoque necesario por sus bondades, flexibilidad y correspondencia con el instinto creador de los internos, esto es, alumno y maestro. Se usó la escritura creativa de no ficción como método capaz de rasgar las vestiduras de los sujetos participantes y como medio para la creación de sí, destacando como ejemplo a George Jackson, escritor de “Soledad Brother,” texto de cartas escritas en prisión.

**Palabras clave:** estética de la existencia, hiperbóreo, creación, interno, escritura de sí.

## Introducción

Un niño que acaba de cumplir diez años camina por una acera desgastada y sucia. A menos de tres casas está la suya, va con ligereza. Lanza con violencia un balón que se extravía por los pedazos de cemento que se levantan exuberantes. El niño va inconsciente de la realidad, parece que lo acompaña cierta alegría. Saca una llave resguardada de su bolsillo derecho, abre la puerta y se dirige a su cuarto para dejar el balón. ¡Amá!, grita como de costumbre, nadie responde. De nuevo, de camino a la habitación duplica el esfuerzo hasta aturdir las paredes: ¡ma, ¿ya vino?! Cuando cruza la puerta, unos pies casi tocan su frente. Él reconoce esos zapatos, levanta la mirada, recuerda que vio en la mañana el pantalón gris y que esa blusa negra hace un rato la abrazó. Ya sabe por qué nadie respondió. Yace su madre cual péndulo a punto de detenerse con una soga que rodea su cuello, muerta. Parece ahora que la realidad lo toca, o mejor, lo conciencia, quizá el dolor lo ha aterrizado. Es algo extraño porque exactamente lo mismo parece ocurrir con quienes ven la muerte de cerca. Es como si el dolor fuera el obstáculo primero de camino hacia la insurrección, en todo caso, habría que averiguarlo con las madres de los falsos positivos, con los hijos de los

secuestrados, con los homosexuales menospreciados y, de seguro, con los asesinos y presidiarios.

Igual que aquel niño, Nietzsche, a una edad similar perdió al único hombre de su vida: su padre. Luego, comenzando su juventud aparecieron los dolores físicos. Ambas realidades le enseñaron el sufrimiento, el padecimiento y los obstáculos, mismos que logró cruzar hasta llegar a la cúspide. En el prólogo de “El anticristo”, el autor alemán sugiere que no es menester el desasosiego al intentar descifrar lo que ocurre o no con la verdad. Y no descarta cierto interés e inquietud por lo prohibido, a ello hay que darle un valor, igual que a los laberintos de la existencia (Nietzsche, 2012). El título de la obra es ya un modo de rechazar lo establecido -no con un carácter caprichoso, sino para el desencadenamiento y, sobre todo, del desarrollo individual y casi instintivo- y si alguna imagen pudiera representarlo es la de los *hiperbóreos*, aunque, a decir verdad, bien podría ser la metáfora que definiera a su creador. Si bien en dicho prólogo advierte que son pocos sus lectores y pocos los que comprenden el Zaratustra, lo cierto es que pareciera haber el deseo por un lugar no pequeño: el de los hiperbóreos, concepto o, mejor, imagen por él usada sin alejarse de las ideas míticas de los antiguos griegos y que para Castillo Lozano, (2014) está asociado con la capacidad de escapar, con la posibilidad de negar una muerte a través de la doctrina y el cristianismo, convirtiéndose en el instrumento utópico a través del cual se establece la crítica hacia la cultura hegemónica y comunitaria.

Hablar del lugar de los hiperbóreos, es referirse a un espacio cuyos sujetos se encuentran en un estado quizás de cansancio, de dolor, de querer desprenderse, incluso, de sí mismos, es el lugar de los riesgos y de la muerte, es el arado donde se cultiva al individuo con el abono de la resistencia y la superación. Lugar donde el cuerpo es lienzo para crear, para que aflore el espíritu y el arte mientras se asesinan los miedos, el pudor y los eufemismos, lugar que afirma la gran compañera de Zaratustra mientras va a la cima: la soledad. O en términos foucaultianos, la anacoresis. Nietzsche se reconoce descendiente de los hiperbóreos, de ese pueblo mitológico fecundado por los griegos, siendo, tal vez, la única tradición por él reconocida y a la que solo unos pocos pueden acceder, no porque se les niegue, sino por sus implicaciones en tanto obra contraria a las ideas modernas, esas saciadas de

ignorancia y afán por censurar lo puramente humano, entre otras cosas, la sensibilidad, el dolor, la crueldad, porque “hay un dios que todo lo cura”, una estética corporal que termina por invisibilizar los horrores profundos y fangosos y un cuento de hadas en el que reina la “felicidad” comunitaria, al fin y al cabo solo masas, atiborrada de hegemonías.

Hay que volver al niño de diez años. Hoy tiene dieciocho y habita el encierro, está desquiciado, dice. Quiso matarse, pero algo se lo impidió, las heridas brotan por los poros, igual que la desconfianza en cualquiera que tenga vida. Su compañera y amiga fiel la crea él mismo, nace en la habitación, en el aula, en un rincón, sentado en el piso o donde se le antoje parir. Esa dama de compañía es la escritura que se gesta en el encierro, aislado de la ciudad, en una cápsula que sirve para guardar cuerpos, sentimientos y espíritus. Él escribe todo lo que piensa, primero es capaz de darse bofetadas a sí mismo para luego arrasar con los otros, logra quitarse pesos, aunque ello aumente el grado de locura. Esto, desde luego, comporta un modo de practicar el arte y “supone un gesto de existencia y de la configuración de sí” (Schmild, 2002, p. 282), lo que Foucault llamó la ascesis. Por eso la creación es aquí el escenario para las fugas. Ni siquiera los muros que llevan a cuestas serpentinadas son obstáculos, para el interno crear significa aventurarse, naufragar en alto grado de locura, es burlar el NO autoritario que lo rodea, es incluso, censurar el pensamiento que otros han promovido. El camino del creador, dice Zarathustra, inicia con un tránsito hacia la soledad con un previo desprecio al rebaño, lucha por un autogobierno desprendido de toda tracción, a la hegemonía la enfrenta con un pensamiento fundador de contra movimientos, es cruel y torturador de los sentimientos que insisten en negar la soledad o que la perturban. Así como el pintor configura vida y sentimientos en un cuadro, así el hombre se crea a sí mismo utilizando cuerpo, espíritu y pensamiento. Del hombre creador, del que obra sobre sí, del que desprecia a las masas, está enamorado Zarathustra (Nietzsche, 2020).

Necesario es entonces aterrizar la idea del hombre creador en un contexto de encierro alrededor de los cuerpos que yacen tras los muros. Cuando el joven interno se dispone a crear lo hace sin la predisposición de otros, él lo hace porque así lo quiere, incluso, es una necesidad como para huir de los

muros que estallan sus oídos con el ruido incesante. Cuando el modo de creación es la escritura, parece conducido por las figuras apolínea y dionisiaca en tanto se desborda en belleza y se embriaga de locura. ¿No es eso el punto de partida hacia la creación? De hecho hace un tránsito hacia el dolor causado por la desujeción, casi como en el mito de la caverna, hasta hallar cierta luz que aparece cuando se escribe lo que jamás pensó, cuando se vuelve asesino de sus despreciadores -no porque vuelve a su pasado, sino porque se inmola por la franqueza- cuando inventa un modo de existir, cuando logra que lo llamen el loco y desquiciado, no porque lo sea mentalmente, sino porque es ajeno a lo conocido, porque se vuelve atrevido con su pensamiento pasando por encima de la autoridad, incluso, pisoteándose a sí mismo.

Si Zaratustra desde la cima montañosa observaba el océano y el fango, el interno, desde la zona occidental y alta de la ciudad ve muros “santos” con la cruz de la fiesta inquisidora encima que esconde la huella de esclavos, observa ladrillos que llevan a cuevas la riqueza y la opulencia mientras en su acera duermen indigentes, hijos de nada y abandonados por Dios. Ve las calles de la maldad y la podredumbre y casi vomita al saber que allí nació. Él no halla la transparencia que muestra el fondo del mar como lo deseaba Nietzsche, para intentar conseguirlo, escribe. Este es un ejercicio con el que “el individuo se forma, proyecta la posibilidad de su existencia y de su transformación” (Schmild, 2002, p. 282). Es lápiz y papel, en este caso, instrumentos amigos y fieles, águila y serpiente son a Zaratustra lo que escritura y soledad son al interno, estos provocan pensamientos dominantes y conducen su vida hacia el máximo dolor. Alcanzan a perturbar al interno hasta lograr un desdoblamiento tras el cual aparece la omnipresencia, en ella, se fundan evasiones, desprecia la norma y a habladores, es práctica de los hiperbóreos, esos que Nietzsche llamó a “quienes consiguen librarse de las cadenas impuestas por la sociedad y la religión para abrazar su filosofía y llegar, en un lejano futuro, al concepto de superhombre” (Castillo Lozano, 2014, p. 14).

De este modo, se sospecha que los hiperbóreos en tanto imagen usada por Nietzsche para referirse más que a sus seguidores, a los discípulos que se han superado a sí mismos y a él como maestro, bien pudieran nacer en el encierro y en el interno creador. Hiperbóreos no son solo los pocos lectores del filósofo alemán, tampoco únicamente los que entienden su obra, son,

sobre todo, los inmortales, los que tiran a la basura sus ropas para fastidiar con su desnudez e instinto, son los osados con su discurso, vueltos asesinos con la palabra y a su vez resucitadores. Los hiperbóreos en el mundo antiguo eran un pueblo imaginario, en el mundo nietzscheano son la práctica y el tránsito hacia el superhombre. Asimismo, el interno creador, el que se escudriña con el lápiz, deja de ser luna pasiva y limitada en perspectiva de la luz que emite a la tierra sin intentar abrazarla, el interno es sol que ilumina países y las profundidades marítimas, por él transcurre belleza sin que signifique felicidad (Nietzsche, 2020). ¿Y qué hay de su alma? Seguro ruina y destrozos, heridas profundas y sangrentadas, lágrimas imaginadas, esto es, un arte verdadero, una creación de sí, honesta y necesaria<sup>2</sup>.

## Metodología

Finalmente, todo joven negro norteamericano que escribe, está tratando de encontrarse a sí mismo, y, a veces, en el mismo centro de su ser, en su propio corazón, descubre un hombre blanco a quien debe aniquilar. (Jackson, 1972, p. 34)

La anterior cita corresponde a un texto de George Jackson que lleva por título “Soledad Brother”. Se trata de una recopilación de cartas escritas por un joven negro en la cárcel Soledad mientras estuvo en prisión. Dichas cartas las dirige a su madre y hermanos, al abogado y a un desconocido en las que, con belleza y desespero escribe para otros aun cuando sabe que el último destinatario es él mismo. Lo anterior permite plantear que no es posible un estudio que trata de la creación si su sentido no está en el crear y menos si esa creación no atraviesa al investigador. Por eso, la metodología que circunda este trabajo es la investigación basada en artes que, con sus amplias posibilidades y flexibilidad, permite el uso de licencias y cierta autonomía que va tras la construcción de caminos y el choque sentimental y emocional entre todos los involucrados. Para reforzar lo antes dicho, valga plantear el pensamiento de Delory-Momberger (2003) para quien

---

<sup>2</sup> Tomado del aforismo 152 de “Humano demasiado humano” de Nietzsche llamado *El arte de las almas feas*.



“el principio en sí de una ciencia humana se construye sobre la base de la autorreflexión y autointerpretación que el hombre, aquí el historiador o investigador, consigue realizar sobre sí mismo a partir de su propia experiencia de vida” (p. 60).

Como tal, la investigación basada en artes es una metodología que, en coherencia con el proceso creativo y artístico, posibilita el desarrollo de un método que se ajusta a las necesidades del estudio que, en este caso, se lleva a cabo a partir de la escritura creativa de no ficción, asociado a la composición de crónicas, diarios y cartas por medio de textos generadores, la necesidad misma y el interés por deconstruir del investigador y los investigados bajo la premisa de que “el relato de lo vivido es tanto representación de sí, como auto-producción emergente de sí en un marco interaccional y situacional” (Runge Peña y Muñoz Gaviria, 2015, p. 4). En este caso, la escritura de sí comporta el medio para la autoformación, para identificar que no se es petrificación sino arado del que germinan las subjetividades y desde el cual se ocupa un lugar como sujeto, escritura de sí como arte de la existencia.

## Resultados

Piénsese en un lago enorme en el que habitan millones de peces de todos los tamaños y colores. Con ellos conviven pirañas, mantarrayas y todas las especies peligrosas. A dicho lago, profundo, oscuro y fangoso lo rodea un cerco y tras él, un hombre con anzuelo oxidado, desgastado y liso intenta pescar alguno sin que importe si secuestra el pez rojo, el negro, el grande, el pequeño, el huérfano o el que acaba de tragarse al vecino. Ese hombre, desesperado de hambre y opulencia es el Estado, lo demás, puede inferirse según lo hasta aquí planteado. Si lo que se saca es una piraña no volverá a devorar a otros peces, mas su muerte asfixiante y lenta es injusta por cuanto fue lo que se le dio. Sucede algo parecido con la delincuencia juvenil, son apartados de la sociedad, la misma que los corrompió para ser olvidados y despreciados, para que madres cansadas y destrozadas besen sus frentes de cuando en cuando, claro está, cuando esas madres existen. Así, lo mínimo que se puede otorgar al interno es la posibilidad de crear, no la condición

del encerrado para protección de lo demás (Hincapié-García y Escobar-García, 2017); lo que bien podría permitírseles es habitar la ciudad de los hiperbóreos de Nietzsche y en ello, el arte a través de la escritura de sí se vuelve arma letal, no contra el interno sino contra sus sentimientos y quizás, la masa que lo constituyó. El interno creador ve en la escritura condición de posibilidades en perspectiva de su desarrollo individual e insurrecto, pues esta, como lo plantea Foucault, (1999), “transforma la cosa vista u oída en fuerza y sangre” (p. 296). En este escenario la escritura no tiene límites pues se narra sin asomo al lucro, su origen se encuentra en la necesidad, en la urgencia del sujeto por desprenderse del camello obediente y esclavo. El interno creador quiere imponer su fuerza y rugir hasta perturbarse a sí mismo, va como bestia desbocada que responde a su instinto en un camino largo y pedregoso que aparece en el papel. Oh interno, hijo hiperbórico, cualquiera que te observe desde lo alto podría contemplar el camino que ahora te propones. Camino de dolor, lucha, franqueza y si se quiere, el camino que conduce a la muerte de sí.

Pero hay otro también atravesado por el encierro, que abre su pecho con las zarpas que allí aparecen para liberar el espíritu atrapado y censurado, permite la unión de cuerpos y almas en una aventura de la que nace la tormenta y la tiniebla, el sosiego y la gloria. Ese otro es el maestro interno, también creador, deseoso de ser superado por sus alumnos, inquieto y solitario, sumido en las desgracias que lo persiguen, padre omnisciente y rastrero que busca nuevos valores. Maestro interno que sangra tras las bofetadas recibidas de sí mismo, quebrantador de afirmaciones (Nietzsche, 2020, p. 265) que tras meditaciones y sueños es capaz de levantarse para construir mientras sufre, para refrescar su existencia con lágrimas, para desechar lo que ya no le pertenece y, por el contrario, usar la fuerza dada por el joven interno y los monstruos de sí hallados para buscar el superhombre que finalmente lo constituye en la puerta del lugar de los hiperbóreos. En tal situación, el maestro interno tiene doble tarea: por un lado, luchar con sus propios demonios y el entorno vigilante y torturador que lo aplasta en coherencia con sus ideas insurrectas, por el otro, en tanto hiperbórico, afiliar la retórica seductora de *Schopenhauer como educador*, el maestro cuya única misión es ser libertador (Nietzsche, 2018). El maestro

es interno porque también habita el lugar que esconden los muros, aunque más allá de tal escenario, lo apresan los discursos del joven, el horror y su desdicha, jóvenes por quienes el alma de ese maestro escapa del sueño más profundo para recordarle a quiénes pertenece, concediéndole el don de escribir y crear al día siguiente con carácter de malhechor para quien está negado el perdón y la gracia<sup>3</sup>.

## Discusión y conclusiones

¿Qué crea el interno en condición de hiperbóreo? Asume la soledad como el escenario para abrir su cuerpo con la crueldad del hacha mientras excava para darle un sentido al dolor que bien pudiera ser, como puntualiza Carrillo (2002), un medio para “convertir al hombre en obra de arte” (p. 31). Aunque crea heridas mortales, es la condición que revela su existencia mientras que la sangre hirviente, brillante y corrediza, lo saca del letargo para afirmar su vida. Reconoce la necesidad del sufrimiento para la concienciación de sí, mientras que sus gritos y lágrimas lo ubican en un espacio sin depender de los que inventan la felicidad y mundos afines al rebaño. A los catorce y quince años el joven interno busca y experimenta el dolor y no hay lápiz que resista su fuerza, pero sí vida que lo halla eterno y necesario. El interno creador está en constante lucha, por eso, aunque lo rodean muros, es el papel, el lápiz y la escritura acompañantes capaces de enseñar los más oscuros y espesos bosques por donde deberá abrir caminos, aunque estén atiborrados de plagas y comunidades. En ese devenir sin meta alguna, se tropieza con rocas que despiertan el dolor adormecido, encuentra nuevas posibilidades y descubre que, aunque atravesándose a sí mismo cual lanza, no podría descubrirse porque no es esencia, es decir, la escritura y el pensamiento que se funda en el encierro bien podría ser la imagen que Nietzsche trazó para representar la producción del genio<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> “Debería considerarse a todo escritor como un malhechor que en muy contados casos merece perdón y gracia” (Nietzsche, 2011, p. 108).

<sup>4</sup> Cuando Nietzsche (2011), en “Humano demasiado humano” hace referencia a la manera en que se producen los genios, pone el siguiente ejemplo: “un hombre que se ha extraviado en

Como hijo de los hiperbóreos, el interno creador se anega en la franqueza en tanto parresiastes<sup>5</sup> consigo mismo. Su escritura es fiel a su pensamiento e individuación, leerlo es encontrar espíritu y sangre y un sujeto carente de pudor, capaz de asumir los mayores peligros y aventuras para reclamar al mundo la cloaca a la que ha pertenecido y cierta desnudez que abofetea a timoratos y moralistas. Muestra su percepción del mundo y de los dioses, pone en crisis su existencia y su porvenir, las palabras son perturbadoras como el aullido del lobo en la oscuridad solitaria. Entretanto, la escritura revela el poder del interno creador en tanto es capaz de configurar y revelar su propia muerte. Muere la condición petrificada del interno para transitar a una movilidad incesante con capacidad para destruir y construir, muere el discurso establecido por la delincuencia, pero no solo ese. También el concedido por la familia, la civilización y los dioses.

El interno, al crear a partir de sus instintos -si se quiere dionisiacos- de su voluntad y de su necesidad, se aproxima a esos pocos que bien podrían ser *el anticristo*, capaz de ser coherente con la transvaloración y el planteamiento de posturas problemáticas para el rebaño, pero fieles a su autenticidad. No en vano, el interno creador suele ser para otros internos, incluso el maestro interno, el desquiciado, el raro, el marica, el marihuanero, el psiquiátrico, en fin, todos los estados posibles que, al fin y al cabo, son los que no dependen de palabras, miradas, gestos y amenazas de otros. Él es hiperbórico que al estilo griego se destaca por “la autocrítica y, a veces, de cruel sarcasmo respecto a algunas de sus tradiciones y creencias más firmemente arraigadas” (Albaladejo Vivero, 1998, p. 27). Los hiperbóreos de Nietzsche y el interno creador son así el camino hacia el superhombre, posibilitado por prácticas de libertad que se materializan en la escritura de sí.

---

una selva, pero que se esfuerza con energía en salir a campo raso tomando una dirección cualquiera, descubre a veces un camino nuevo que nadie conocía” (pp. 124 – 125).

<sup>5</sup> En “Hermenéutica del sujeto”, Michel Foucault dedica un capítulo que trabaja el concepto de parresia, un término griego que el autor francés retoma. Sobre este dice que se trata de la franqueza, la libertad, la apertura que hacen que se diga lo que hay que decir, cómo se quiere decir, cuando se quiere decir (p. 99), no obstante, es claro al afirmar que para hablar de parresia es necesario que el sujeto guarde relación entre su configuración discursiva y su conducta. Al respecto Judith Butler dedica un capítulo llamado *Discurso valiente y resistencia* en su libro “Sin miedo. Formas de resistencia a la violencia de hoy”.

Entretanto, el maestro interno es el primero que se consagra a las figuras apolínea y dionisiaca -deidades que configuran el fin supremo del arte<sup>6</sup>- y adopta la condición de hiperbóreo para ser ejemplo al estilo de Zaratustra. Él busca cercenar su cuerpo y su espíritu mientras crea, lo hace para hallar sentido al dolor, a su alegría y existencia, pero también, para desacatar toda posible dominación sobre sí y sin que haya lugar para una doctrina de su parte, más bien, cual hombre superior, el maestro interno debe querer “bailar al son de su silbido mientras los mares tiemblan y bailotean bajo sus pisadas” (Nietzsche, 2020, p. 475).

## Referencias

- Albaladejo Vivero, M. (1998). Los hiperbóreos, benefactores de Grecia. *Polis: Revista de Ideas y Formas Políticas de La Antigüedad Clásica*, 10, 5-28.
- Carrillo Canán, A. J. (2002). Dolor y sufrimiento en Nietzsche o la crianza del héroe. *Elementos: Ciencia y Cultura*, 9, 25-31.
- Castillo Lozano, J. Á. (2014). La sociedad hiperbórea: ¿Utopía o mito? Reflexiones acerca de la naturaleza y el significado del relato hiperbóreo. *Panta Rei: Revista Digital de Ciencia y Didáctica de La Historia*, 8, 11-24.
- Delory-Momberger, C. (2003). *Biografía y educación*. Universidad de Buenos Aires.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Paidós.
- Hincapié-García, A. y Escobar-García, B. (2017). El encierro del cuerpo: Lecturas en torno a la maternidad en la prisión. *CES Psicología*, 11(1), 26-38.
- Jackson, G. (1972). *Soledad Brother*. Barral.
- Nietzsche, F. (2012). *El anticristo*. Lea.
- Nietzsche, F. (2018). *Schopenhauer como educador*. Valdemar.
- Nietzsche, F. (2020). *Así habló Zaratustra*. Cátedra.
- Runge Peña, A. K. y Muñoz Gaviria, D. A. (2015). Los docentes y la tematización de sí: Formación y narración de sí en clave antropocrítica. En G. J. Murillo Arango (comp.), *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria* (pp. 2015-2235). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Schmid, W. (2002). *En busca de un nuevo arte de vivir*. Pre-Textos.

<sup>6</sup> Ambas deidades son esenciales a la configuración del arte. “Representarían instintos necesarios para la creación artística; Dioniso el símbolo musical de la voluntad, y Apolo la contemplación de la imagen plástica” (Zapateiro, 2013, p. 21).